

—Los niños se quedan en casa, exclamó indignada la baronesa.

—Baronía de Güimarée: solo el baron.

—¡Qué fortuna!

—Por último la Quesnalia: triste y sombrío castillo de propietarios ó de propietario, del cual nada puedo decir á la señora.

—¿Está inhabitado?

—Perdone la señora, está habitado, descúbrese por la noche detrás de las vidrieras una pálida y errante luz, á veces el pateo de un caballo resuena, y cuatro grandes lebreles grises se ven entrar y salir del castillo; eso es todo cuanto se sabe de los propietarios de Quesnalia.

—Por pobre que esté esa familia al fin es un marqués, se le invitará, ¿y no hay más?

—Nada mas, señora.

La marquesa respiró y encargó al jardinero que sacase los mejores vinos de su bodega, que la vispera hiciese pescar en sus estanques, que matasen pollos, gallinas, pavos, conejos y encargasen pasteles y pastas, y criados para servir la mesa en San Briuc. La marquesa, condenando amargamente la costumbre de las fiestas seculares, llamó á sus sobrinas para encargarles la estension de las esquelas de convite, á cuyo trabajo se prestaron risueñas y con gozo. Iban á ponerse á su tarea cuando un grito de Camila, cuyos ojos se volvían hacia el parque, llamó la atención de la marquesa.



Madama de Quelcadet, Camila y Valentina.

—¿Qué es eso?

—Un extraño pájaro, respondió Camila señalando afuera.

—¡Qué hermoso es!

—Está herido, dijo Valentina.

—Es un faisán, exclamó la marquesa.

Y como sus sobrinas se inclinaban sobre la ventana para examinar el pájaro, un nuevo grito se escapó de los labios de Camila.

—¡Los lebreles! pronunció ésta rápidamente al oído de su hermana.

No había tenido tiempo Valentina de reponerse de aquella revelación ni la marquesa de interrogar directamente á Camila, á quien el jardinero anunciaba tres cazadores que deseaban presentar sus disculpas por la inconveniencia de sus perros que habían perseguido á un faisán herido hasta el parque de Quelcadet.

SEGUNDA SERIE.—1864.

Este número tres pareció tranquilizar á Valentina, empero apenas hubo echado Camila una mirada sobre los dueños de los perros culpables, un gesto hizo desvanecer completamente la seguridad de la joven.

III.

EL GRAN DÍA DE QUELCADET.

Uno de los tres cazadores, el mas joven, Márcos de Quesnalia, saludó profundamente á la marquesa y se encargó de presentar á sus compañeros.

—El señor marqués de la Quesnalia, dijo señalando á un joven de veinte y ocho años y de fisonomía un poco seria. Y despues señalando al otro, le presentó bajo el nombre de Antonio Dubuison, y el mismo que se había tomado el papel

AÑO XXII. 6

de introductor, se anunció sencillamente como Márcos de Quesnalia, sin ninguna especie de título ni marquesado.

—Servios, interrumpió Pedro de la Quesnalia, señora, aceptar nuestras respetuosas excusas por una invasión...

—De que solo son culpables vuestros perros, caballeros, replicó la marquesa ofreciéndoles sillas y sentándose ella misma, en tanto que Camila volvió á coger su bastidor para bordar en lugar de hojas de azucenas, unas hojas de col y Valentina aparentaba hojear con gran atención un álbum que tenía al revés.

—Nos permitireis, señora, depositar á vuestros pies el cuerpo del delito, dijo Dubuison presentando un magnífico faisán.

—Completará vuestra colección de pájaros raros, sobrias mías, dijo graciosamente Mad. Quelcadet.

Hallábanse las dos hermanas un poco hacia atrás del semicírculo formado por la marquesa, y los señores cazadores. A las palabras de Mad. Quelcadet, Pedro de la Quesnalia y Antonio Dubuison hicieron un cuarto de conversión hacia las jóvenes.

—¿Se ocupan acaso de historia natural estas señoritas? preguntó Pedro de la Quesnalia.

—Es un gusto hereditario en los Quelcadet, respondió la marquesa.

—Y en los Quelcadets toda tradición es respetada, añadió Pedro.

Tomó esto por una alusión la marquesa y se puso colorada.

—Si estas señoras se ocupan de historia natural, dijo Dubuison en Paucoel hay magníficas estufas que podían interesarlas. Al oír esto las sospechas de Mad. Quelcadet se confirmaron, y fijándose sobre Márcos le preguntó con marcada intención: ¿Sois aficionado á las rosas?

—Aficionado locamente, respondió Márcos; me gustan de todas clases y el rosal que dá mas es el que yo prefiero.

—¿Teneis un semillero de lindos rosales?

—En el mercado de las flores, señora. No tengo la ventaja de ser propietario sino de una tierra muy lejana que no dá mas que espinos y jaramagos.

Ibanse á despedir para marcharse ya, cuando Camila insinuó á su tía que hallándose allí aquellos tres señores podían ahorrarse el estender sus esquelas de convite convidándolos verbalmente.

Hízolo así la tía, aunque muy contra su gusto, porque de esta manera no podían excusarse de asistir á la función aquellos tres caballeros en quienes ella demasiado lista preveía intenciones amorosas sobre sus sobrinas y gran disposición en éstas á corresponder á ellas.

Catorce días mas tarde á las diez de la noche aquellos mismos salones se hallaban perfectamente iluminados, llenos de gentes, circulando por ellos gran número de criados con frac y corbata blanca y respirando todo el aire de la mas suntuosa fiesta. En efecto, se bailaba en los salones de madama Quelcadet, y Pedro, Dubuison y Márcos, los tres cazadores á quien ya conocemos habian salido del salón, al jardín á respirar el fresco y departían entre sí alegre y amigablemente comunicándose las gratas impresiones que les causaba el estado de su alma.

Márcos reprendía su excesiva timidez con las dos jóvenes objeto de sus amores.

—Sí, en efecto, tus observaciones son fundadas, decía el

marqués de la Quesnalia á su primo, empero el sello del verdadero sentimiento es la timidez y esa timidez, que inspira no es el menor de sus encantos. De tal modo me siento embarazado al lado de la señorita de Quelcadet, que creo hablarla de las estrellas y de la luna mas bien que de mi amor, y seguramente no la he pedido su autorización para el paso que esta noche misma quiero dar con su tía. Pues bien, tú que tienes la lengua suelta y que conservas tu libertad de acción, sé bastante buen pariente, encárgate de este cuidado y me harás un señalado servicio.

—Márcos, con el mismo motivo y por la misma causa te doy igual comisión, dijo Dubuison.

—Que diablo lindas son las dos hermanas, y me dáis una comisión muy desagradable. Porque tengo algunos meses mas de edad mas que vosotros creéis que tengo la epidermis bastante dura, para que no pueda penetrar hasta el corazón la mirada de una muchacha bonita ó que el eco de una linda voz no pueda removerme deliciosamente el alma. Y bajo estas influencias creéis que es cosa gustosa arreglar el fuego que debe inflamarse para otros.

—No seas loco, Márcos, se trata nada menos que de mi felicidad.

—Pues justamente se dirigen hacia este lado esas señoras dijo Dubuison marchándose precipitadamente. Aprovechate de las circunstancias, Márcos querido, nosotros nos vamos hacia esa parte del jardín, y á la primera señal que nos hagais venimos y nos arrojamos á sus pies.

—Eso ya no se hace, replicó Márcos con mal humor. Los dos habeis perdido la cabeza y yo no me encargo de nada.

Márcos iba á seguir á Pedro y á Dubuison que se le escapaban, cuando apoyadas la una sobre la otra se le presentaron las dos hermanas. Al verlas Márcos se adelantó hacia ellas, las saludó profundamente y aparentó prepararse á emprender un largo discurso.

—No, exclamó de repente, no, eso no puede ser, son absurdos.

A esta singular manera de entrar en materia no pudieron menos de reírse las dos hermanas.

—¿Qué es lo que no se puede caballero? preguntó, ¿y que personas tienen la desgracia de merecer el epíteto que les dáis?

—Señoras, continuó Márcos eludiendo la cuestión, ¿os habeis encontrado alguna vez en las situaciones difíciles en que puede verse colocado un hombre galante?

—Me parece que no hay mas que el embarazo en la elección, respondió asombrada Valentina.

—Así, pues, dijo Márcos dirigiéndose á Valentina, diré, mi amigo Dubuison, que teneis la bondad de no rechazar el respetuoso homenaje del sincero afecto que os profesa y que me ha encargado os relate.

—¿Qué decís? caballero, contestó Valentina casi enfadada.

—Y vos, señorita, prosiguió este singular orador, á cuya mano aspira el marqués de la Quesnalia, le diré que le permitís que aspire á ella.

—Pero, caballero, si no se ha hablado de nada de esas cosas.

—¿Cómo! ¿no os he dicho que el hombre mas digno de compasión en el mundo es el hombre condenado á hablar de los sentimientos de otro, y que yo era ese hombre? ¿No os he dicho, que los señores Dubuison y de la Quesnalia, que-

riendo esta misma noche dar un paso con vuestra tia, porque sus corazones verdaderamente enamorados cuentan por sí las mortales horas de incertidumbre y no atreviéndose á dar este paso sin haber obtenido antes la aprobacion de cada una de vosotras, han recurrido á mí que debía interceder en pró de mis dos amigos, demasiado conmovidos para atreverse á hablar para implorar de vuestra boca esa licencia? Señoras, sino habeis comprendido todo esto preciso es entonces que yo me haya explicado mal.

—Estas chanzas, dijo con bastante sequedad Valentina, podian pasar en Carnaval.

—¿Chanzas, señoras? Se trata de una cosa muy seria, y bastante me cuesta cumplir con mi comision. Ahí teneis á mis poderdantes: con ellos os entenderéis.

(Se continuará.)

EL CASTILLO DEL OTERO (1).

(CUENTO.)

(Conclusion.)

IX.

—Otra mujer que no la hija de don Inigo, se hubiese asustado ante el aparecido.

Pero Flora ni siquiera se sobrecogió, y antes por el contrario le miró frente á frente.

—¿Me has llamado?—la interrogó, con voz que no parecia de este mundo, el sobrenatural personaje.

—Y ¿quién eres tú?—preguntó á su vez la jóven.

—Quien puede darte un imperio, quien podrá hacerte mas poderosa que los monarcas del mundo reunidos.

—Entonces eres...

—Lo has adivinado, pues leo en tu pensamiento: soy Satanás.

Flora contempló con viva curiosidad á su interlocutor.

—¿Qué estrañas? preguntó éste sonriendo de un modo particular.

—Nada; es que te eria horrible.—Dijo Flora.

—Una de tantas calumnias como los hombres me levantan; repuso el diablo sencillamente; así, por ese tenor, son todas sus opiniones acerca de mí.

Efectivamente, la hija de don Inigo creyó encontrarle sobrenaturalmente hermoso.

Era un jóven de edad indefinible, cuyas facciones pasaban los límites de la perfeccion humana. Sus cabellos negros y la mirada penetrante, dábanle un tinte de pasion, que el mas hábil pincel no reproduciria.

Solamente un defecto se notaba en aquel rostro: este defecto consistia en una demacracion dolorosa. Dicen que á veces el semblante es el espejo del alma.

Si esto es verdad, en el semblante del diablo se reproducian de un modo cruel sus pasiones, sus vicios, y muy particularmente su orgullo impío y eterno.

El genio del mal preguntó á Flora:

—¿Deseas dominar, poseer estados, vasallos, riquezas sin cuento?

—Sí, contestó la jóven con resolucion espantosa.

—¿Y el precio?

—Ya lo sabes: te daré mi alma.

—Quiero que me concedas algo mas.

—Habla, y veré si me conviene.

—Debemos firmar ambos un contrato; dijo el diablo con cierto aire de logrero desconfiado.

—Lo firmaré, aseguró Flora.

—Pero ¿ignoras la tinta en que debes mojar la pluma, para que sea válida tu firma?

—¿Qué tinta es?

—La sangre de tu padre.

La hija de don Inigo se estremeció al oír esta impta exigencia del diablo, y permaneció indecisa, como turbada. El mal espíritu arrojó sobre aquella alma, con su mirada siniestra, una descarga de tentacion.

En seguida repuso, haciendo ademan de irse, y con taimado tono de indiferencia:

—Ya que eso te espanta, no quiero perder un tiempo precioso... abur... Me voy á Tlascala, donde se me prepara un negocio mas fácil y productivo.

—¿Qué país es ese? preguntó Flora; serenándose y con curiosidad.

—Uno de mis muchos imperios: está mas allá de los mares: voy pues, á conquistarme, por menos precio, toda una poblacion india.

—¿Y cómo?

—Bien sencillamente: son idólatras; les falta, entre sus muchos tutelares, un dios que aun desconocen: voy á colocarlo en su templo, y desde entonces esa nacion tan pacifica, no se dará tregua en despedazarse á sí misma.

—¿Qué dios será, pues?

—El decírtelo valdria tanto como hacerte igual á mí; yo no he venido sino á darte un imperio. ¿Aceptas?

—Pero me pides la vida de mi padre.

—Te pido tan solo algunas horas de su vida.

—Es un precio exhorbitante, horroroso.

—¿Y el imperio que te doy?... Vamos, no puedo perder el tiempo: tengo que andar antes de dos minutos cerca de dos mil leguas... ¿Aceptas, sí ó no?

La hija de don Inigo vaciló un momento, pero instada por Satanás, contestó resueltamente:

—Pues bien, acepto. ¿Y quién ha de herirle?

—Tú misma.

—¿En donde?

—En el corazon.

—¿Cuándo?

—La noche del 24 de diciembre.

—¿A qué hora?

—Despues de las doce.

—¿Y entonces!...

—Firmarás el contrato, y te daré el imperio.

El diablo, concluido este pacto fatal, tocó con sus manos el corazon de Flora, imponiéndoselas luego sobre la cabeza como en señal de dominio y se despidió hasta el 24 de diciembre; desapareciendo en la misma forma que se había presentado.

Sin duda iba á dar á los pobres indios su nuevo y terrible dios. ¡Tristes indios! ¡pobre mundo!

(1) Tomado de una tradicion popular.

X.

El anciano don Inigo pareció sacar fuerzas de flaqueza, y procuró dominar á su hija para determinarla á tomar un partido. Ella rechazó, pero el castellano insistió hasta tal punto, que exasperada su hija por tan repentino cambio en el carácter del pobre viejo, empezó á abrigar hacia él cierto rencor. Este rencor se convirtió por fin en odio, pero en odio profundo, mortal.

No en vano Satanás había tocado á su corazón y á su cabeza.

De este modo transcurrieron sobre unos veinte días, y llegó el 24 de diciembre.

Que noche ¡oh Dios! ¡Qué noche tan horrorosa la que siguió á aquel día!...

El molinero al llegar aquí de su narración hizo una prolongada pausa.

Esta vez, sin embargo, nadie alzó su voz para dirigirle una sola pregunta: todos estaban dominados por una fuerte curiosidad, mezclada de cierto pánico.

El señor Juan sacó los avios de fumar y lió un enorme cigarro de tabaco virgino: dióle fuego, aspiró dos bocanadas de humo y añadió:

XI.

—«No hay en este mundo plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague, como dijo el otro; y así es que después de un día bastante nublado, llegó la noche del 24 de diciembre, con mas agua que lleva el Miño al acercarse al lado de Oporto.

En la casa mas humilde de las Achas reinaba mayor alegría que en el castillo del Otero.

Eran las once de la noche, y don Inigo y su hija se hallaban colocados ante una mesa, servidos por un solo criado.

Ni el anciano ni Flora podían atravesar bocado de la colación: el pesar había robado el apetito al primero, y la perversa joven era presa de una emoción mas fuerte que su orgullo mismo.

A cada instante que transcurria, vagaba su mirada por el comedor, movida por extraño brillo, y cuando la fijaba era para contemplar con expresión infernal, odiosa, al imprudente autor de sus días.

Este, cargada su cabeza por multitud de penosas ideas y amargos recuerdos, medio dormitaba sobre el blanco mantel de la triste mesa.

Sonaron las once y media, que marcó la campana de ánimas de la iglesia vecina.

Flora entonces se levantó con sigilo y dió orden á sus criados de que se retiraran á descansar.

El silencio llegó á ser tan profundo como el de una tumba, pues en el palacio del Otero tan solo permanecían en pie don Inigo y su hija.

El tiempo para el criminal se desliza siempre con espantosa velocidad. Así le pareció á Flora, que deseaba y temía á la vez fuese llegada la media noche.

El anciano continuaba en su sueño, en aquella especie de amodorramiento que le causaban sus muchas penas, tan fatigosas como sus años.

La campana de las Achas marcó con lúgubre tañido la hora mas misteriosa y triste de la noche.

Flora sintió una especie de escalofrío, y miró con insistencia á la puerta del comedor, como si hubiese de abrirse para dar paso á su esperado huésped.

Por espacio de veinte segundos no vió señales de que Satanás cumplierse su palabra.

Pero la campana de ánimas cesó de tañir, y el ángel rebelde se apareció entonces como una exhalación.

No había hecho uso de la puerta para nada.

Flora se levantó de su asiento como impelida por un resorte.

XII.

—Aquí me tienes, dijo el diablo, dispuesto á cumplirte mi promesa.

Y presentó á la joven un pergamino lleno de extraños caracteres.

—¿Qué haces?—añadió viendo la perplejidad de su víctima.

Esta respondió:

—Es que se me resiste cometer tan espantoso crimen: no tengo valor... ¿Para qué necesitas la sangre de mi padre? ¿No tienes ya mi alma?

—No es bastante,—repuso el diablo;—para que los contratos que yo celebro sean válidos, preciso es que aquellos humanos á quienes protejo cometan una acción que me garantice contra su falsedad: esto suple al juramento que suele emplear la justicia de la tierra.

Flora vaciló aun algunos momentos.

—¿Te decides? sí ó nó? insistió el diablo.

—Pero esto es horrible, dijo Flora con temblorosa voz, y contemplando con espanto al pobre anciano que dormitaba cerca de ella.

—Pues entonces—observó Satanás—quédate dueña de este miserable pueblo, y renuncia al imperio prometido: vasallos, oro, grandeza, todo, todo lo renuncias, por no arrancar dos horas de vida á un miserable é inútil viejo, que se apaga como una lámpara.

La desventurada joven pareció volver en sí, adquiriendo una energía que tenía mucho de satánico y se parecía en algun modo á la fiebre.

El demonio la señaló con el dedo á su padre dormido.

Flora adelantó hasta don Inigo, empujada por el gesto y el mirar de su maldito protector.

—¡Hiere! exclamó éste de un modo terrible; pero su voz fué oída tan solamente por la joven.

Flora sacó de su seno un puñal, cuya aguda hoja brilló de un modo siniestro.

Agitólo en el aire, pero se detuvo indecisa.

—¡Renuncias á tu imperio! volvió á decir Satanás de un modo insinuante.

La mano de Flora, descendió por fin sobre la espalda de su padre, y una lluvia encarnada salpicó los blancos vestidos de la parricida.

Don Inigo arrojó un espantoso grito; el puñal había penetrado hasta su corazón.

Con ojos agonizantes contempló entre la bruma de la muerte, la espantosa actitud de su hija, y una última y suprema luz le permitió reconocer en ella su asesino.

—¡Maldita seas! pronunció dominando con supremo esfuerzo el estertor de la muerte.

Y cayó hecho cadáver.

Flora le contempló con espanto, pero Satanás la arrancó de aquella situación, gritando:

—Ya no es tiempo ¡firma!

Y presentó á su víctima el fatal pergamino y una pluma mojada en la sangre del anciano, que ella rechazó con horror.

Pero Satanás se apoderó de su mano con fuerza irresistible; y entonces la joven vió que la miraba fijamente el donador de tan caro imperio.

El ángel rebelde se había transformado, y Flora le contempló en todo el infernal esplendor de su magestad y su soberbia.

Estaba quizás mas hermoso, pero con una hermosura resplandeciente, sobrenatural, y tenía alas de fuego y ojos que brillaban como ascuas.

—¡Firma! volvió á gritar el ángel de las tinieblas.

Flora le cobró un repentino terror, pero fascinada, dominada, tomó con mano convulsa aquella pluma impregnada en la sangre paternal.

Iba á completarse el monstruoso parricidio, y Luzbel crugía sus alas con espantoso júbilo.

Pero la campana de la iglesia vecina sonó en aquel supremo instante, convocando á los fieles á la misa del gallo.

—¡Virgen Santísima! ¡padre mio! perdonadme y amparadme!—esclamó la desgraciada Flora, doblando las rodillas en actitud de orar.

La campana había despertado en su corazón ambicioso la voz del arrepentimiento.

Satanás lanzó un rugido tan espantoso, que mas bien parecía un trueno que voz humana, y abandonó con desesperación á su presa.

Pero al querer salir del castillo, sus alas despidieron torbellinos de fuego. Instantáneamente los vecinos que se dirigían á la misa del gallo, contemplaron el mas voraz incendio que habían visto en todos los días de su vida. Nadie se apresuró á prestar su socorro, pues todos comprendían que esto era inútil.

Así terminó aquella desgarradora escena.

—Pero, ¿y qué fué de Flora? preguntó la misma que juzgaba á Satanás provisto de alas de murciélago y patas de cabra, interrumpiendo al molinero.

—El Señor—continuó el tío Juan—la impuso una gran penitencia, que tan solo se acabará con el mundo.

—¿Entonces, Dios la habrá perdonado?

—Sí, por intercesión de la Virgen Santísima, cuyo nombre había invocado la desgraciada.

Cuéntase que los vecinos de las Achas, vieron alzarse sobre las llamas del incendio una figura blanca, figura de mujer: se supone que era la arrepentida Flora.

Desde entonces, y cuando llega la Noche-Buena, se aparece la hija de don Inigo sobre las ruinas del que fué castillo de sus mayores, y pequeño alcázar de su soberbia...

—¿Dices que es muy hermosa, señor Juan? preguntó una vieja.

—Ciertamente; y yo la he visto en los mejores años de mi mocedad, tal noche como esta; respondió con perfecta seriedad el molinero.—Suele vagar en torno á las ruinas del Otero, desde que media la noche hasta que asoma el día.

—¿Y que hace á esa hora?

—¡Quién sabe! se convierte en aire, ó se la traga la tierra.

Es posible que en este momento pudiese vérsela: es blanca como la nieve, y trasparente como la luna.—¿Quién de entre estos mozos quiere ir á ver si tropieza en el Otero con la sombra de dona Flora?—añadió con sorna, el tío Juan.

Nadie, sin embargo, encontró aceptable su proposición. Tan solo uno dijo con ingenuidad:

—Yo no voy, no tanto por que sea un *alma del otro mundo*, como por el recuerdo de que la soberbia ha sido causa de sus desgracias: que Dios la perdone, señor Juan; pero yo temo mas aun á un *parricida*, que á todos los aparecidos que puedan andar por ahí á deshora: será una cobardía, corriente, pero es la verdad.

Renunciamos á los mil comentarios que se hicieron acerca de la salvación mas ó menos probable del alma de Flora; pero si diremos que el *serán* duró hasta la madrugada, y aun aquellos sencillos campesinos no habían agotado el asunto á que se refiere el tan misterioso como dudoso *Castillo del Otero*.

M. VAZQUEZ TABOADA.

ESTUDIOS HISTORICOS.

LA CAIDA DE UN MINISTRO EN EL SIGLO XVII.

EL CONDE-DUQUE DE OLIVARES.

Hoy, que con tanta rapidéz vemos sucederse en el poder á los ministros, y que una sola palabra, una enmienda insignificante puesta á cualquiera de sus proyectos, basta para hacerlos saltar de sus doradas sillas, merced al admirable artificio del sistema parlamentario que rige á todas las naciones de Europa y que es una imprescindible necesidad de la época en que vivimos, apenas puede concebirse esos ministerios larguísimos de cerca de un cuarto de siglo que hubo en España, durante la dominación de la dinastía austriaca, y los grandes esfuerzos que eran precisos, y los grandes elementos que había que combinar para arrojarlos del poder. La mudanza de un ministro, era poco menos difícil que el cambio de una dinastía. La opinión pública no se tenía en cuenta para nada, ni había prensa que pudiera hacer oír su voz, ni los representantes del pueblo dirigir al trono la severa censura de un poder mal ejercido.

Vamos hoy á hablar á nuestros lectores de los grandes medios que hubo que poner en ejecución para hacer caer de su privanza y del poder al célebre don Gaspar de Guzman, conde de Olivares, ministro que fué veinte y dos años del rey don Felipe IV.

Estos estudios históricos suministran grandes lecciones, y sobre todo marcan los grandes adelantos que en la política y en el arte de gobernar ha hecho el mundo desde entonces, y las notables diferencias entre un régimen constitucional y el gobierno despótico, en los que hasta para las mudanzas de un ministerio se veían obligados á hacer una verdadera conspiración, aun las personas mas allegadas al trono. Así Isabel de Portugal conspira en el reinado de Juan II, para derribar á su ministro don Alvaró de Luna, y la España la

saluda por su libertadora. Así también en tiempo de Felipe IV, Isabel de Borbon conspira contra el ministro Conde-Duque, y es saludada también por la salvadora de la monarquía española que rápidamente caminaba á su decadencia.

A la edad de diez y seis años ocupó el trono de España el rey Felipe IV (1621), el cual no tenía ninguna de las cualidades de un rey. Indolente, se entregó á los placeres y diversiones, dejando la administración de los negocios públicos al arbitrio de otro joven, ambicioso, sin experiencia ni talento, y se abandonó á los vicios de una vida sensual y voluptuosa. Siguió la corte su ejemplo; el contagio de la corrupción cundió hasta las aldeas, y los españoles perdieron en poco tiempo aquel carácter valeroso y robusto que los habían distinguido en todos tiempos de los demás pueblos del mundo. El conde de Olivares, don Gaspar de Guzman, fué el ministro á quien confió el peso de la monarquía, sin más mérito que el haberse granjeado su afecto siendo su gentil-hombre cuando era príncipe, contribuyendo á su corrupción, dándole dinero para satisfacer sus gustos.

Veinte y dos años duró la privanza de este favorito, y en ellos la nación española se halló oprimida con impuestos excesivos yaciendo en un mortal letargo mientras la corte brillaba con inaudito lujo, y los bailes, y los festines, y las diversiones, se sucedían sin interrupción en el palacio del Buen Retiro.

Á ciento diez y seis millones de doblones de oro, dice el célebre historiador don Modesto Lafuente, que subió lo que sacó de los pueblos en donativos é impuestos extraordinarios, de los cuales, gran parte se disipó en fiestas, banquetes y saraos, y entre comediantes y toreros; parte destinaba á mal pagar ejércitos que eran derrotados y navíos que se perdían, pues solo de estos, se calcula haberse perdido más de doscientos y ochenta entre el Océano y el Mediterráneo durante su funesta administración. Agregando á estas pérdidas las de las provincias y reinos, la del ducado de Mantua, la de casi toda la Borgoña, la del Rosellon y la del reino de Portugal, con sus inmensas posesiones de Oriente, con razón aplicaba la malicia á la grandeza de Felipe IV el símil de la grandeza del hoyo. Sonó el de Olivares el hacerle señor de otros reinos, y faltó poco para hacerle perder todos los suyos.

No se descuidaba el favorito Conde-Duque en hacer su fortuna, y aunque jamás recibió regalos ni vendió los cargos públicos del Estado, de que disponía como verdadero soberano, había descubierto, siendo de carácter muy avaro, el verdadero y eficaz modo de acumular tesoros sin que pudiese nadie notárselo ni acusarle de concusión. Fué obteniendo gracias del rey, que le trataba, con maravilla de todos, con oculta reverencia y con un amor que escedía á los límites y leyes de la naturaleza, por lo que las gentes del vulgo creían que lo tenía hechizado. Fué obteniendo gracias sucesivamente durante los veinte y dos años de su privanza, y la primera que tuvo, fué un privilegio para gozar encomiendas en todas las órdenes militares, á pesar de no ser más que caballero de la cruz de Alcántara, por lo cual gozaba cuarenta y dos mil ducados de renta anual. Hízose declarar camarero mayor del rey, cuyo destino se hallaba suprimido desde el tiempo del emperador Carlos V, sirviéndolo desde entonces el sumiller de corps, y por este empleo hizo le señalase el rey diez y ocho mil ducados. Nombró también Felipe IV

su caballerizo mayor con el sueldo de veinte mil ducados. Como gran canciller de las Indias, se hacía pagar cuarenta y ocho mil ducados, y por el de sumiller de corps, doce mil ducados, sacando de estos cuatro empleos solamente, ciento seis mil ducados sin lo que importaban algunos gajes y derechos que se agregaban.

Si grandes eran las rentas que le proporcionaban estos sueldos, eran inmensos los tesoros que sacó de las Indias por privilegios que le concedió el rey. Cuando marchaban los galeones de Sevilla y de Lisboa, hacía cargar cantidades enormes de vino, aguardiente y trigo, producto de su estado de Olivares, y como tenía los puertos francos y vendía estos géneros en Indias á precios muy subidos, le producían mucho. Empleaba todo este dinero allí en joyas, drogas, cochinillas y otros géneros, que valiendo en Indias á poco precio, vendía en Europa con notable estimación, de modo que en su juicio prudente ganaba cada año en este tráfico doscientos mil ducados.

Compró á la ciudad de Sevilla la alcaldía de los alcázares, que le valía al año cuatro mil ducados. A la misma ciudad le compró también la vara de alguacil mayor de la contratación que le producía seis mil ducados. Le hizo el rey merced también de la villa de San Lucar de Barrameda con título de duque, y cuyas alcabalas y demás derechos le valían cincuenta mil ducados. La condesa, su mujer, fué nombrada camarera mayor de la reina, de lo que no había habido ejemplo en palacio de que este destino se confiriese á una mujer casada, por suponerse que debía estar lista y desembarazada á todas horas para cuando la necesitase la reina. Por este empleo se le señalaron al año veinte y cuatro mil ducados, y habiendo sido nombrada también aya del príncipe don Carlos y las infantas, se la dieron con asombro de todos otros veinte mil ducados.

De manera, que los sueldos que obtuvo del rey Felipe IV y sus gajes, importaban al año cuatrocientos cincuenta y dos mil ducados, ó sean cuatro millones novecientos setenta y dos mil reales, cosa asombrosa y de que no se había visto ejemplar en la monarquía española.

Con el favor omnímodo del rey, con un inmenso poder en el Estado, cuyos destinos distribuyó entre vireyes, gobernadores, capitanes generales y otros ministros, todos hechuras suyas, ya por sangre, ya por servil dependencia y por sus inmensas riquezas, era el Conde-Duque de Olivares un coloso contra el que se estrellaban los clamores de los pueblos y todas las combinaciones que en la corte se forjaban para derribarle del ministerio, y á cuya cabeza se había colocado la reina doña Isabel de Borbon, á la que desde el principio miraba con poca consideración el Conde-Duque y la condesa su mujer, camarera mayor suya, que solo era reina en el nombre y en todo lo demás una miserable esclava.

Llegaba á tal punto la tiranía del Conde-Duque y su poco respeto á la reina, á quien tenía alejada de todos los negocios públicos, que una vez llegó hasta decir al rey que *las monjas se habian de estimar solo para rezar y las mujeres propias únicamente para parir*.

Devoraba esta prudente reina en silencio su amargura, no tanto por temor como por respeto al rey, y solo se desahogaba alguna vez con una de sus damas, la condesa de Pañedes, su secreta favorita, cuando por algún accidente la concedía la Condesa-Duquesa de Olivares se retirase á solas con ella.

Entonces la reina vertiendo lágrimas y discurriendo los medios de derribar del poder al odiado favorito decía:

—Mi buena intencion y la inocencia del príncipe mi hijo, han de servir alguna vez al rey mi marido de dos ojos, mayores que los que hoy tiene; porque con estos mira solamente lo que le conviene al conde y á su mujer, y con aquellos ha de mirar lo que convenga al príncipe, á su conciencia y á sus reinos; y si no lo hace prontamente, ha de quedar un pobre rey de Castilla, ó un caballero particular.

La rebelion de Cataluña pareció una ocasion oportuna á la reina para hacerle abrir los ojos al rey.

Aniquilada la España con las mismas guerras que sostenia por tan largo tiempo y por los subsidios que daba á otras potencias de la Europa; exhausta de hombres y dinero y mal auxiliada por la mayor parte de sus pueblos, se desmoronó de un golpe y estuvo á pique de verse trastornada hasta en sus cimientos. Los catalanes, los aragoneses, los vizcainos y navarros, pretendian gozar en la paz de todos los fueros y privilegios, sin querer soportar el peso de la guerra y de los impuestos. Los castellanos solos combatian por toda la nacion y prodigaban sus bienes y su sangre en su defensa. Trató Olivares de suspender por algun tiempo estos privilegios, tan perjudiciales al Estado, y mandó el rey en consecuencia que se armasen seis mil catalanes, y pasasen á la Italia, imponiendo á Cataluña una contribucion proporcionada á sus riquezas. Envió esa provincia dos diputados á la corte, empero fueron arrestados. Barcelona, á la noticia de este acontecimiento, dió la senal de rebelion, á la cual respondieron la mayor parte de los pueblos de la provincia, sacrificando á los castellanos que habia en ella: quiso sofocar el alboroto el virey, conde de Santa Coloma; pero en vano, quiso huir á un buque, pues fué arrastrado y hecho pedazos por el pueblo. El Portugal aprovecha esta ocasion favorable para sacudir el yugo de la España. Gemian los portugueses bajo la dura férula de su compatriota Miguel de Vasconcelos, que con el título de secretario de Estado, los tenia sumamente oprimidos, y sobre todo la nobleza se mostró sumamente ofendida de un decreto, por el cual se le mandaba armar para reducir la Cataluña, so pena de perder sus feudos. Por otra parte las guerras civiles y extranjeras en que se hallaba empenada la España, presentaban una coyuntura muy favorable para realizar la conspiracion preparada en silencio hacia tres años, con el objeto de colocar al duque de Braganza en el trono de sus padres. Reventó, pues, la explosion. Vasconcelos fué sacrificado; la vireina arrestada y desarmada su guardia, y el duque de Braganza proclamado rey bajo el nombre de Juan IV. Sabia toda la Europa este acontecimiento, mientras que Felipe IV, que era el mas interesado en él, le ignoraba. Anuncióselo Olivares con semblante risueño, diciéndole: «Señor: traigo á V. M. una noticia muy agradable.—¿Cuál es?» replicó el rey.—La de haber ganado en un momento un ducado con muchas y muy hermosas tierras.—¿Cómo es eso, conde? le dijo el rey sorprendido.—Porque el duque de Braganza ha perdido la cabeza, dejándose engañar por un populacho que le ha proclamado rey de Portugal, y por el mismo hecho sus bienes quedan confiscados y reunidos á la corona.»

(1641.) A la pérdida de Portugal estuvo á pique de seguirse la de Andalucía. El duque de Medina-Sidonia, don Gaspar Alonso Perez de Guzman, pariente del Conde-Duque

y hermano de la reina de Portugal, no contento con vivir como un soberano en su gobierno de la Andalucía, aspiró á serlo de derecho inducido por el ejemplo y las sugestiones del duque de Braganza. Contaba con que este monarca, la Francia, la Holanda y la Cataluña le sostendrian en esta empresa; mas descubierto su proyecto antes de llevarle á ejecucion, obtuvo el Conde-Duque gracia por su pariente, que vino á recibir su perdon á los pies de Felipe, muriendo en un cadalso sus cómplices.

(1642.) Olivares para reducir el Portugal, se limitó á tramar allí una conspiracion que antes que llegase á estallar se descubrió por una carta interceptada. El marqués de Villareal y el arzobispo de Braga, que eran los principales autores, fueron arrestados inmediatamente y confesaron su delito. El primero fué juzgado y condenado á muerte y e segundo puesto en un encierro donde acabó sus dias. El cardenal-infante sitió y tomó á Ayre á fines de este año; pero una fiebre maligna le arrebató al sepulcro antes de tomar posesion de esta conquista. Perdió en él la España un príncipe de cualidades eminentes y uno de los mejores generales de su siglo. A su muerte se encargó el gobierno de los Países Bajos á un consejo compuesto por don Francisco Mello, del marqués de Velada, el conde de Fuentes y presidido por Rosa. La insurreccion de Portugal alentó á los catalanes, que se pusieron bajo la proteccion del rey de Francia y obtuvieron de este monarca el socorro de un cuerpo de ejército á las órdenes del mariscal conde de la Mota Hondancourt. Fué menester que el Conde-Duque tratase de que el mismo rey Felipe en persona marchase sobre Cataluña á ponerse al frente del ejército. La reina vió con este motivo la ocasion de poder realizar su plan de derribar al odioso favorito, porque consideraba con razon que colocado el rey en medio del ejército tendria que tratar forzosamente con los generales y cabos de la guerra y no estaria aislado como en Madrid solo con el Conde-Duque, el cual en campaña no podria tener al rey con los ojos cerrados á las desgracias de los pueblos ni evitar que á sus oidos llegase la voz de la verdad, pronunciada enérgicamente por algunos de sus mas nobles generales. La reina quedando de gobernadora en Madrid durante la ausencia del rey, pensaba reunir todos los elementos contrarios al Conde-Duque y preparar con ellos hábilmente su caída. No sucedieron las cosas en parte como habia previsto la reina. El Conde-Duque de Olivares dispuso la jornada del rey á Zaragoza rodeándole de placeres y de continuados festines, deteniéndose en Aranjuez, en Cuenca y disponiendo una magnífica cacería en Molina. En Zaragoza tuvo al rey encerrado en su palacio sin que saliese á campaña ni pasase revista al lucido ejército de cuarenta y cinco mil hombres que allí se habian reunido. Hizole concebir gran temor de que pudiera ser prisionero de los franceses que se habian apoderado de Monzon y hacian sus correrías por los campos vecinos á Zaragoza.

Avergonzado estaba el ejército de la pusilanimidad del rey é indignado el pueblo al ver recluido en su palacio al monarca, al que apenas visitaban de vez en cuando y siempre en audiencia pública, algunos grandes de la parcialidad del Conde-Duque de Olivares que habian ido acompañándole y los que solo le hablaban de asuntos de poca importancia y conocidos con anticipacion del ministro.

Acrescentóse el odio que el pueblo aragonés profesaba al favorito al ver el insolente lujo que desplegaba y el aparato

aun mas que régio de que rodeaba su persona. Salía dos veces al día á pasearse por la ciudad y por el campo con una comitiva de doce coches y escoltado con cuatrocientos hombres armados unos á pié y otros á caballo.

Mientras el rey vivía en Zaragoza en el mas completo aislamiento, la reina seguía en Madrid una conducta diametralmente contraria. Preparaba hábilmente los medios de hacer caer al Conde-Duque de Olivares y poder hacer abrir los ojos á su engañado esposo. La reina con la mayor llaneza recorría las calles de Madrid, visitaba los cuerpos de guardia del soldado, hablaba con sus capitanes de cosas importantes, se enteraba del estado de sus pagas y de sus reclamaciones y los animaba al servicio del rey. Recibía en audiencia á cuantas personas lo solicitaban y les hacía administrar justicia. Juntaba dinero en abundancia y allegaba recursos para mandar al rey, y de tal modo se condujo que el pueblo en poco tiempo la miró mas como madre que como reina acompañándola con sus aclamaciones donde quiera que se presentaba y poniendo en ella la esperanza de que podría concluir, á pesar de la fascinación en que se hallaba el rey, con el odioso poder del favorito.

Entusiasmaba al pueblo cada vez mas la reina con su hábil y bien meditada conducta. Habiéndola escrito el rey los apuros en que se hallaba el ejército, y encargándole reuniese con toda urgencia el mayor dinero posible y se lo remitiese, la reina Isabel colocó en un cofrecito de plata todas sus joyas, y en medio del día, á la vista de todo el pueblo, fué en persona á la casa de don Manuel Cortizos de Villasante, rico banquero, acompañada únicamente del conde de Castrillo. Entregó al banquero todas las joyas que llevaba en el cofrecito, pidiéndole que sobre ellas le prestase ochocientos mil escudos para enviar al rey á Zaragoza. Confuso, avergonzado quedó el opulento mercader de la afabilidad de la reina, y lleno de orgullo al ver honrada su casa con la regia visita, y por semejante motivo, se postró llorando de alegría á los pies de su hermosa soberana, y negándose á admitir las joyas que en prenda le traía:

—Señora, la dijo; mi vida, mi honra y mi hacienda, todos es de V. M. ¿Qué joya de mas precio, ni qué recompensa de mas valor, que el haber visto toda la corte que V. M. ha venido á esta casa? Vuélvase V. M. á Palacio, que yo voy en seguimiento suyo con el dinero. En efecto, aquella misma mañana, Cortizo entregaba en la real cámara á la reina aquella considerable suma, que por la tarde con gran diligencia se dirigió al ejército de Zaragoza. El rey vió con júbilo la acción de la reina, y el Conde-Duque tuvo el pesar de tener, aunque con tibieza, que unir sus aplausos á los que todos prodigaban á la reina.

No tardó mucho en volver á verse el ejército en una gran necesidad. Encerrado el rey siempre en Zaragoza, dejó el cuidado de dirigir las operaciones de la guerra á sus generales. Sus tropas fueron rechazadas por los rebeldes en varios encuentros, y la toma de Perpiñan por el cardenal Richelieu en persona, puso espeditas las comunicaciones entre la Cataluña y la Francia. Fué menester hacer un grande esfuerzo para proveer al ejército de dinero. Los grandes de España, los opulentos propietarios, todos se apresuraron á ofrecer sus alhajas y dinero al rey, empero todos se dirigían al hacer sus ofrendas al Conde-Duque de Olivares. La reina recogió todas sus joyas, y con el mismo conde de Castrillo las remitió al rey por mano del Conde-Duque, obrando en

esto con gran discreción para asegurarse su confianza y adormecerle sobre el golpe que con tanta perseverancia como habilidad le iba preparando.

Escribió al Conde-Duque una carta que, copiada de su original, dice así:

«Conde: todo lo que fuere tan de mi agrado, como que el rey admita mi voluntad en esta ocasión, quiero que vaya por vuestra mano; y así os mando supliqueis á S. M. de mi parte se sirva de esas joyas, que siempre me han parecido muchas para mi adorno, y pocas hoy, que todos ofrecen sus haciendas para las presentes necesidades. Dios os guarde. De Madrid, hoy viernes 13 de noviembre de 1642.—LA REINA.»

Orgullosa y gustosamente sorprendido quedó el Conde-Duque de Olivares, al ver la alta estimación que de su persona hacia la reina, cuando le tributaba la especie de homenaje de enviar por su mano al rey ni mas ni menos que como hacían todos los grandes, escepto uno de ellos, el almirante de Castilla, su enemigo declarado, pero contra el que nada había podido en el ánimo del rey que apreciaba sus nobles partes de alto talento, el que remitió su carta y su ofrecimiento directamente á S. M.

Entró á ver al rey el conde de Castrillo, quien le entregó la carta de la reina, y el Conde-Duque las joyas y la carta que las acompañaron. Celebró el rey en sumo grado la acción de la reina, exagerando la del Conde-Duque mucho mas.

Al alabar el conde de Castrillo la conducta y prudencia de la reina en su gobierno en Madrid, entusiasmado el rey exclamó:

—¡Dichoso el monarca que tiene tal reina por mujer!

—¡Y feliz el reino que logra tal mujer por reina! replicó oportunamente el Conde-Duque, no sin cierto despecho por verse obligado á aplaudir á la que sabía era su enemiga.

El conde de Castrillo, que en premio de su embajada recibió dos encomiendas en las órdenes militares, dió su vuelta á Madrid, trayendo á la reina Isabel la contestación á las cartas que había escrito á su augusto esposo y al poderoso ministro Conde-Duque de Olivares.

El rey escribía á la reina:

«Señora: vuestra generosa acción, al paso que agradecido, me deja sumamente obligado á ofreceros mi corazón por premio de vuestra fineza. Las joyas de V. M. quedan en mi poder, para tener la gloria de ser yo el portador que las ponga á V. M.; pues antes empenar mi corona, que me deshiciera de alhajas que el mundo les es corto precio, por ser de tal dueño. De Zaragoza hoy 22 de noviembre de 1642.—Señora, vuestro esposo.—EL REY.»

El Conde-Duque de Olivares se espresaba al contestar á su soberana en los términos siguientes:

«Señora: hice la embajada que V. M. me mandó con el alma; que no puede hacerlo con otra cosa quien mereció la honra que V. M. me ha hecho en encomendarme tal acción; y sé, señora, que importará en la estimación del rey, mas que el ser señor del mundo. De lo que mas me huelgo es de saber bien sabido, que cuanto la merece, le paga á V. M. con su amor el rey. Guarde Dios á V. M., como la cristiandad y sus vasallos deseamos, y hemos menester. De Zaragoza, y Aposento, hoy 22 de noviembre de 1642.—Criado de V. M., el CONDE-DUQUE.»

(Se concluirá.)

EL CONDE DE FABRAQUER.